

Procrastinar

Gabriel Zaid ha ido nutriendo, a lo largo de su obra, un diccionario personal en el que las palabras encuentran insospechadas resonancias y la etimología funciona como una herramienta inigualable para comprender nuestra idiosincrasia. Este ensayo, por ejemplo, desentraña la historia de la palabra “procrastinar”.

En inglés se usa mucho la palabra *procrastinate*: dejar para mañana. Se traduce a veces por *aplazar, diferir, posponer, postergar o relegar*, que no dan la idea de hábito. Por otra parte, *posponer, postergar y relegar* implican, en primer lugar, ‘dar menos importancia’ (a una de las personas o cuestiones que esperan, por ejemplo); y secundariamente ‘dejar para después’. *Aplazar y diferir* significan ‘dejar para otra fecha (definida o no)’, pero no necesariamente como un hábito personal. A la persona que lo tiene, se le llama en inglés *procrastinator*, y a su inacción *procrastination*.

Las tres palabras derivan del latín *procrastinare, procrastinator* y *procrastinatio* con los mismos significados. Están formadas a partir del prefijo *pro* ‘hacia’ y el adverbio *cras* ‘mañana’; no ‘la mañana’, sino ‘el mañana’, y en particular ‘el día siguiente a hoy’. El anuncio jocoso que todavía se ve en algunas tiendas: “Hoy no fío, mañana sí” viene del Imperio romano: “*Cras credo, bodie nibil*”, o sea “Mañana fío, hoy nada”.

Los romanos eran muy ejecutivos, y se burlaban de los indecisos. Hay una sátira de Marcial (siglo I) sobre un personaje al que intencionadamente llama Póstumo (nombre que sí existía), como diciéndole: No tendrás vida póstuma (fama) si dejas todo para mañana (*Epigramas* V, 58):

Cras te victurum, cras dicis, Postume, Semper.
Dic mihi, cras istud, Postume, quando venit?

Mañana tú vivirás, mañana, dices, Póstumo, siempre.
Dime, el mañana ese, Póstumo, ¿cuándo viene?

En el siglo III, en Capadocia, un comandante romano se sintió atraído por la fe cristiana y (diabólicamente, según la leyenda piadosa) era desviado de la conversión por un cuervo que

graznaba *cras cras*, que es la voz del cuervo (de donde viene *crascitar*), como si le dijera: “Déjalo para mañana”. Pero el centurión, muy ejecutivamente, aplastó al cuervo respondiéndole: *bodie bodie* (hoy hoy). Se convirtió al cristianismo, fue martirizado y se venera el 19 de abril como San Expedito.

Es de suponerse que el nombre es un apodo, porque el cuervo aparece frecuentemente en su iconografía, como puede verse en Google Imágenes. Se volvió popular desde el siglo XVIII como intercesor de las causas urgentes, y tiene fama de hacer milagros rápidos. Hay páginas de la Wikipedia sobre él en siete idiomas, así como numerosos portales y blogs donde se narran sus milagros.

Los tribunales de México, que tanto hablan de “justicia pronta y expedita”, deberían adoptarlo como santo patrón, para que les haga el milagro. Por cierto que, cerca de la Suprema Corte, en la esquina de 20 de Noviembre y Venustiano Carranza de la ciudad de México, hay un templo del siglo XVIII (San Bernardo) con un altar dedicado a San Expedito. El 19 de cada mes a las 12 los padres agustinos reciben a los devotos que van a agradecer los milagros recibidos.

En el siglo IV, San Agustín se burló de sí mismo por no ser expedito ante el llamado a la conversión (*Confesiones*, VII, 12 y 17): No tenía nada que responderte, Señor, sino “mañana y mañana” (*cras et cras*)... “Dame, Señor, castidad, pero todavía no”.

La palabra *cras* pasó al español con el mismo significado. Gonzalo Correas (*Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, 1627) recoge el refrán medieval “A lo que has de hacer no digas *cras*, pon la mano y haz” (número 1329), equivalente a “No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy”. También recoge “*Cras crastinando*, dijo el cuervo; y no sé cuándo se tornará blanco”, explicando que se dice “Contra los que dilatan lo que hay que hacer” (número 1113). Obsérvese, de paso, la palabra *dilatar* usada para el tiempo, como es común en México, aunque algunos suponen que el uso es incorrecto, y debe limitarse a lo que se dilata espacialmente.

En la Biblioteca Virtual Cervantes (www.cervantesvirtual.com) se puede documentar un centenar de usos de la palabra *cras* en muchos libros, por ejemplo: en el *Libro de buen amor* (año 1330) de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita (estrofa 1256), donde dice que las monjas “traen a muchos locos”, pero

que amaban falsamente a cuantos las amaban.
Son parientas del cuervo, de *cras* en *cras* andaban,
tarde cumplen o nunca

Y en el *Corvacho* (1466) del Arcipreste de Talavera, hay un refrán contra los indecisos como San Agustín: “De *cras* en *cras*, vase el triste a Satanás”. Curiosamente, esta novela picaresca, misógina y sermoneadora no trata de cuervos. Recibió ese título, que no le dio el autor, por cierto parecido con el *Corbaccio* (el cuervo) de Boccaccio.

Los cuervos tienen su leyenda negra, en primer lugar, por su negrísimo color (Ramón Gómez de la Serna dijo memorablemente que “Los cuervos se tiñen”); un color que los pinta como aves de mal agüero. Porque, además, devoran todo, incluso la carroña. Y porque son inteligentes, innovadores y oportunistas hasta parecer diabólicos. Son capaces de improvisar: valerse de una ramita en el pico para sacar algo de un tubo (véase en YouTube, *intelligent crow*). Hay quienes dicen que los córvidos igualan en inteligencia a los primates superiores. Tienen fama de ladrones, porque se llevan muchas cosas a sus nidos, especialmente vidrios y objetos brillantes (como la cuchara de plata en *La urraca ladrona* de Rossini). Tienen fama de sacar los ojos, especialmente de los muertos, quizá atraídos porque son vidriosos. Tienen fama de gárrulos, y su mímica vocal es sorprendente: pueden imitar las voces de otros pájaros, el ruido de los árboles o cascadas, la voz humana, silbatos y otros ruidos. Pueden escucharse en YouTube (cuervo, urraca, raven, crow, magpie, corbeau, corvo, Rabe), aunque mezclados con videos sobre otras cosas; algunos de interés, como algunas notables declamaciones del poema “The raven” de Edgar Allan Poe, con el estribillo “Nevermore”.

Del cuervo dice Sebastián de Covarrubias (*Tesoro de la lengua castellana o española*, 1611): “Compararon los egipcios, en sus jeroglíficos, los aduladores a los cuervos; y dijeron ser más perjudiciales aun que ellos, porque el cuervo saca los ojos corporales al hombre muerto que halla en la horca, y el lisonjero adulador saca los ojos del alma y del entendimiento al hombre vivo que está en el trono [...] privándole de aquello que tanto le importaba para el gobierno de su persona y de los suyos.” Y también: “Cuenta Plinio la industria y agudeza de un cuervo que, estando cierta urna medio llena de agua pluvial, y no pudiendo alcanzar a beber de ella, le fue echando muchas pedruzuelas hasta que vino a subir el agua a lo alto, y satisfizo su sed (*Historia natural*, libro 10, capítulo 43).”

El *Diccionario de los símbolos* de Jean Chevalier y Alain Gheerbrant recoge elementos de la leyenda negra en diversas

culturas, pero también de la leyenda blanca: el cuervo como presencia del más allá, como mensajero de Dios y como símbolo de la sabiduría, la gratitud y la generosidad (llevar pan en el pico a los ermitaños y prisioneros). También dice que su crascitar ha sido escuchado como esperanzador en latín (*cras cras*: mañana mañana) y como arrullo infantil en japonés (kaa kaa: *kawaii kawaii*: querido querido).

Me escribe Aurelio Asiain (28 de octubre 2010): La palabra *kawaii* se usa todo el tiempo; es más de mujeres que de hombres y significa ‘adorable’, ‘bonito’. Nunca la he escuchado como ‘querido’. Los cuervos tuvieron una consideración muy alta entre los poetas japoneses antiguos y los místicos del Zen, pero hoy son vistos como una plaga en las ciudades. Su nombre es *karasu*, que suena a karás, y su crascitar se escucha como kaa kaa (que me parece más exacto que kras kras). Se atribuye a los cuervos, no a los gallos, el anuncio del alba; y su graznido matutino tiene un nombre especial: *akegarasu*. Una famosa antología de haiku recibió este nombre, como llamando a los poetas extraviados a la senda de Basho.



“Cuervos y luna”, grabado en madera, de Ogata Korin (c. 1657-1716).

Al parecer, también los checos escuchan el crascitar sin ere. La grajilla, un córvido pequeño parecido a la urraca, se llama en checo *kavka*, de donde viene el apellido Kafka (me escribe Ramón Cota Meza, 11 de noviembre 2010).

Lope de Vega (*Rimas humanas y divinas*, 1624) le dio otro giro a la sátira de Marcial. Se burla de su propia esperanza en conseguir el amor de una Juana que lo maltrata.

CÁNSASE EL POETA DE LA DILACIÓN
DE SU ESPERANZA

¡Tanto mañana, y nunca ser mañana!
Amor se ha vuelto cuervo, o se me antoja.
¿En qué región el sol su carro aloja
de esta imposible aurora tramontana?

Sígueme inútil la esperanza vana,
como nave zorrera o mula coja,
porque no me tratara Barbarroja
de la manera que me tratas, Juana.

Juntos Amor y yo buscando vamos
ese mañana. ¡Oh dulces desvaríos!
Siempre mañana, y nunca mañanamos.

Pues si vencer no puedo tus desvíos,
sáquente cuervos de estos verdes ramos
los ojos. Pero no, ¡que son los míos!

Aunque Lope se burlaba de los rebuscados juegos gongorinos, juega aquí con tres conceptos: el mañana que nunca llega; la mañana del madrugar (el *mañanar*, que parece invento suyo, y recuerda los mexicanismos *desmañanarse*, *desmañanada*) y el cuervo transformado en mujer que despierta el deseo, da esperanzas, las frustra y merece que le saquen los ojos. En algunas transcripciones, el décimo verso empieza “esta mañana”, que es absurdo; en otras, “este mañana”, que sí concuerda en género (se trata del mañana, no de la mañana). Para que esté más claro, preferí “ese mañana”, que lo pone en un futuro menos inmediato. Habría que ver el original.

Hay una continuación de ese “mañana” de Lope en el son de “La negra”:

Negríta de mis pesares,
hoja de papel volando,
a todos díles que sí,
pero no les digas cuándo.
Así me dijiste a mí,
por eso vivo penando.

La “hoja de papel volando” (que supongo) es una imagen del destino azaroso (“cual hoja al viento” dice la “Canción mixteca” de José López Alavés, 1912). Que los mariachis canten: “ojos de papel volando” no puede ser más que tradición defectuosa. Según parece, el son fue compuesto en 1926 en Tepic, por los hermanos Fidencio Lomelí Gutiérrez (letra) y Alberto (música), que no se tomaron el trabajo de escribirlo ni registrarlo. Se refiere a una novia del primero, que no se llamaba Juana (como la musa de Lope), sino Albina Luna; y no era negra, aunque así le dijeran por cariño, contradictoriamente con su nombre y apellido. ¿Habrá grabaciones de los hermanos Lomelí para verificar la letra original?

El *Diccionario* de la Real Academia Española registra *cras* desde la primera edición (1729): “adverbio de tiempo. Lo mismo que *mañana*. Es voz anticuada y puramente latina: *cras*”. En cambio, *procrastinar* entró tentativamente al *Diccionario manual* de 1989 y finalmente en el DRAE 21, 1992. Esto refleja la realidad: *cras* dejó de usarse y *procrastinar* está empezando a circular,

todavía con temor. En las bases de datos de la Real Academia (7 de octubre 2010), hay un solo registro de *procrastinar* en 2003 (base CREA) y ninguno en la base histórica (CORDE), donde hay 476 de *cras*, sobre todo del siglo XIII, y uno para *crastinar* de 1555, que no es el *crastinando* del refrán recogido por Correas.

Este verbo inusual (precursor de *procrastinar*) viene de *procrastinare* y parece el primer intento de castellanizarlo, porque no hubo en latín un verbo *crastinare*. Según Ernout y Meillet (*Dictionnaire étymologique de la langue latine*), del adjetivo *crastinus* se pasó directamente al verbo *procrastinare*.

Pero la definición de la Academia está mal: “Diferir, aplazar”. Peor aún, dice que *procrastinar* es un verbo transitivo, lo cual es válido para *diferir* y *aplazar* (la acción recae en lo que se difiere o aplaza: un viaje, por ejemplo); no para el uso actual de *procrastinate* en inglés, origen del neologismo en español. No hay que recomendar el uso transitivo (“Procrastinaron la reunión para el próximo lunes”), porque no hace falta, teniendo *aplazar* y *diferir*; sino el intransitivo (“Haces mal en procrastinar”), porque sí hace falta: no hay otra palabra para decirlo.

Procrastinar es un hábito, y no solo de perezosos o dejados. Procrastinan también los hiperactivos que evitan las decisiones importantes refugiándose en despachar nimiedades.

Según el *Oxford English Dictionary*, el registro más antiguo de *procrastination* es de 1548. Del mismo año, hay un registro de *procrastine* como verbo transitivo que no prosperó. Desde 1588, hay registros de *procrastinate* como verbo transitivo que sustituyó al anterior. Pero señala que el uso transitivo se volvió raro y desde 1638 apareció el intransitivo, que predomina hoy.

En Google (9 de noviembre 2010) hay millones de páginas que contienen *procrastination* (2.4), *procrastinate* (1.1) o *procrastinator* (0.6), y muy pocas que contengan las palabras correspondientes en español, francés, italiano y portugués. Al parecer, hay en inglés una obsesión moral y ejecutiva que necesita vituperar o sacudirse este mal hábito. En *Amazon* hay en venta un centenar de libros cuyo título incluye la palabra *procrastination*. En Google hay cuestionarios para medir hasta qué punto uno ha caído (*procrastination test*).

Francis Bacon (*Essays or counsels, civil and moral*, 1597), en un ensayo titulado precisamente “Of dispatch” (traducido al latín como “De expediendis negotiis”) dice que los españoles son muy poco expeditos, y hasta inventa (o recuerda mal) una burla: “Mi venga la muerte de Spagna” (*sic*), porque tardará en llegar. Hay el mismo prejuicio en los Estados Unidos contra los mexicanos, diciendo burlonamente en español: “Mañana, mañana”...

En todo caso, la obsesión ejecutiva que hizo prosperar la palabra *procrastinate* y produjo infinitos libros de superación personal llegó en el siglo XX a la lengua española, con el paradójico resultado de recuperar una palabra latina por medio del inglés. Es perfectamente legítimo decir *procrastinar*, *procrastinación* y *procrastinador*, y no hay por qué sustituir estas palabras con otras menos exactas. —